

BERGAMÍN EN LA CONSTELACIÓN LATINOAMERICANA

Domínguez Gutiérrez, María Carmen. *El exilio de José Bergamín en América Latina (1939-1954).* **Hidalgo Náchter, Max** (prólogo), Madrid, Visor (Biblioteca Filológica Hispánica), 2022, 382 pp.



Marcela Croce

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina
mcroce@filo.uba.ar

“Bergamín es hoy una figura insoslayable en cualquier panorama general de la literatura española”, declara Max Hidalgo Náchter en el texto que opera como antesala de este libro publicado al filo de conmemorarse las cuatro décadas de la muerte de José Bergamín (1895-1983). La frase, no por cierta —y una lista vertiginosa de bibliografía sobre el autor parece ratificarla—, alcanza a dar cuenta del volumen de Carmen Domínguez Gutiérrez, enfocado en los quince años de peregrinaje de Bergamín por América Latina. El término que designa el recorrido forzado fue enaltecido por el mismo implicado, quien tituló *España Peregrina* la revista inicial publicada en “tierras de belleza convulsiva”, según el feliz sintagma de Luis Cardoza y Aragón, y *El Pasajero. Peregrino Español* la empresa encarada en 1943.

El dilema se ha planteado reiteradamente: ¿hasta qué punto la obra que cumple un autor en el destierro puede atribuirse a la historia literaria de la nación de origen del involucrado? Sin afán de sumergirse en oscuras especulaciones propicias al debate interminable o a la solución arbitraria, Carmen Domínguez opta por una alternativa metodológica antes que por una respuesta categórica que seguiría siendo insatisfactoria. Así, la decisión del estudio transnacional de Bergamín logra zanjar las adscripciones de pertenencia única a la península, habitualmente afeadas por énfasis patrioterros que se volvieron más vehementes en torno al motivo del exilio del escritor, la Guerra Civil Española.

Nuevamente en este punto la preferencia de Domínguez Gutiérrez elude tanto la carga ideológica que arrastra la designación como la insuficiencia de nomenclatura que representa cualquier reconstrucción de una trayectoria

que se sustraiga a obviedades y presuntas determinaciones. Hidalgo Nácher lo destaca en las páginas introductorias: el endeble criterio de la Guerra Civil queda arrasado en el libro con el mismo ímpetu que excluye la errática categoría de “generación”, mediante el recurso de admitir como superadora la propuesta bergaminiana de “constelación”, en la que junto con la resonancia de Walter Benjamin, se advierte un albur de la “comunidad imaginada” de Benedict Anderson. El nombre Generación de la República en reemplazo del ordenancismo de Generación del 27 es un ejemplo sustitutivo, aunque persiste lastrado por el relieve que ostentan los predicados históricos en la formulación de herramientas para el estudio cultural. Carmen Domínguez, consciente de semejante recaída, exhibe su renuencia a valerse de etiquetas vapuleadas que apenas si modifican el complemento dentro de una misma convicción periodizadora: los integrantes de tan inestable grupo son la “promoción” de *Índice* para Juan Ramón Jiménez y “la jeune littérature espagnole” para Antonio Marichalar (p. 85).

La idea de “constelación” abandona la vocación de marbete para exhibir ductilidad organizativa cuando Bergamín la emplea a fin de agrupar a los escritores, dentro de la historia literaria, por afinidades conceptuales antes que por estricta concurrencia epocal. Así ocurre en el desglose de las conferencias que el escritor dicta en Montevideo en 1947, cuando los autores místicos y los picarescos confluyen en un mundo de idéntica interpretación (p. 268) y los primeros representan la extravagancia de un idealismo arraigado en las clases bajas hispanas (ibídem). El detalle con que Carmen Domínguez reconstruye las conferencias es prueba del acierto metodológico: la consulta de testimonios y formulaciones de la privacidad (diarios, correspondencias) de los uruguayos que asistieron al magisterio bergaminiano, la revelación de datos —exigencia que, no por evidente, cumple toda tesis (y tal es el origen de este volumen)—, la sistematización de lo obtenido en un conjunto coherente y plausible. Apenas si, en este punto, se extraña una mirada más centrada en América Latina: la que podría vincular tales charlas con otros ciclos de conferencias notables, como el organizado por el Ateneo de México desde 1909, o las cinco presentaciones de José Lezama Lima en 1957 publicadas bajo el título *La expresión americana*.¹

1. Agrego un detalle latinoamericanista que me hubiera gustado ver incluido: cuando la autora repone la bibliografía sobre *La Celestina*, en que campean Américo Castro y Menéndez Pidal por el lado hispano, y Marcel Bataillon por la filología francesa, omite un texto clave. La posibilidad de que Melibea fuera conversa (en la que se detiene) podría obtener un desarrollo provechoso a partir de *La originalidad artística de*

Miembro de un grupo discutible como la Generación de la República, “ferviente católico enfrentado a la Iglesia tradicional”, próximo al comunismo pero no tanto como para la afiliación, director de *Cruz y Raya* (revista del “catolicismo progresista europeo” que lo acercaba a Jacques Maritain y Gabriel Marcel), comisionista del Guernica de Pablo Picasso² para el pabellón español de la Exposición Internacional de Arte y Tecnología de París de 1937 y director ese mismo año del II Congreso de Intelectuales Antifascistas celebrado en Valencia (p. 27), Bergamín es una figura que debe abordarse desde múltiples ángulos y disciplinas. Semejante variedad exige un refinamiento metodológico que permita dar cuenta del conjunto, a la vez que encarar la “anomalía” que comparte con otros heterodoxos como el propio Picasso y Luis Buñuel (y se sabe: la historia de los heterodoxos ha sido una inclinación bien española...). Ellos también requieren un abordaje transnacional e incluso algún parangón atinado como el que permitiría emparejar la defensa bergaminiana del analfabetismo con el empeño picassiano por dibujar como un niño.

Carmen Domínguez prefiere trazar en este punto un triángulo en el cual el paralelo Bergamín/Picasso se establece a partir de la representación de las víctimas inocentes anónimas que ambos aprendieron en Francisco de Goya y que se conjuga idealmente en las aguafuertes picassianas *Sueño y mentira de Franco*, empleadas luego en la ilustración del drama bergaminiano *La hija de Dios*, versión de posguerra de *Hécuba* en que la reina troyana muta en mujer española de los años de la Guerra Civil, aunque conserva un castellano medieval que para la autora trasunta la impronta humanista del dramaturgo. Es cierto que el empleo de mitos y tragedias clásicas en contexto de guerra será una constante europea, como evidencia el teatro francés de los años 1940 y 1950. Si Bergamín se anticipa apenas a este fenómeno,

La Celestina (1962), libro al que la filóloga argentina María Rosa Lida dedicó una década y media de su vida. Allí desliza su hipótesis de que el converso sea el autor de la tragicomedia, Fernando de Rojas, propuesta que Bataillon descarta por no encontrar pruebas textuales que la demuestren.

2. La restitución de semejante encargo, por el que Picasso cobró doscientos mil francos —cuyos recibos permitieron décadas después que el Estado español reclamara la propiedad de la obra y exigiera al MOMA su devolución— constituye uno de los puntos sobresalientes del libro en que confluyen las originalidades de reconstrucción y revelación que cumple el volumen (pp. 208 y ss.). Además, es un ejemplo de estudio interdisciplinario en que la literatura, la pintura y otros ejercicios plásticos se conjugan con las artes escénicas.

en cambio antecede en veinticinco años la sátira sobre la filología que cumple *La lección* (1951) de Eugène Ionesco con la farsa *Los filólogos* (1925), en que caen bajo el escrutinio inclemente el Doctor Américus (Castro), Tomás Doble (Navarro Tomás) y los “noventayochistas” Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez —con quien el enfrentamiento continúa en el armado de la antología *Laurel* (pp. 316-317)— y Ramón del Valle-Inclán (p. 112).

Con respecto a este autor de las “barbas de chivo”, también se extraña una posible vinculación entre el *esqueleto* de Bergamín y el *esperpento* valleinclanesco y, por qué no, cierta referencia al periplo mexicano de ambos que, en el caso de Valle-Inclán, lo habilita como escritor latinoamericano al inaugurar con *Tirano Banderas* el género de la novela de dictadores que derivaría en textos como *El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias y el inconmensurable *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos, entre otros. La estadía mexicana de Bergamín (1939-1945) es la escala inicial de un recorrido que prosigue en Venezuela (1946-1947) para terminar en Uruguay (1947-1954). Domínguez Gutiérrez subraya que, mientras la etapa mexicana es más productiva en literatura y en edición (además de las revistas ya referidas, allí funda la efímera Editorial Séneca), la uruguaya está volcada a la docencia y a la crítica (p. 33), lo que la impulsa a concentrarse en las clases que dictó para un público de futuro promisorio: Ángel Rama, Ida Vitale, José Pedro Díaz, Amanda Berenguer (quien recuerda su vehemencia por máscaras, cáscaras y vestidos, p. 260) y, del lado de los reticentes a su enseñanza, Emir Rodríguez Monegal, Idea Vilariño y Manuel Claps.

La producción de Bergamín no se agota en lo literario ni en lo escénico. Los *ballets* producidos a dúo con Rodolfo Halffter, el recorrido por formas dramáticas que abarca “desde el auto sacramental hasta el género chico —y conviene recordar que era yerno de Carlos Arniches, como informa el libro— pasando por la tragedia griega y el teatro clásico barroco” (p. 189), lo ubican en el plano de la Estética. También sus provocaciones filosóficas se acomodan a este dominio, sea la paradoja como “acrobática coherencia” (p. 78) en la caracterización que le adosa Giorgio Agamben; sea el aforismo como “ambición de la brevedad” (p. 120), como consigna Pedro Salinas al reseñar el libro inaugural del colega.

El ejercicio de Carmen Domínguez se pliega a la fascinación por lo múltiple y deriva en festival de referencias que da cuenta de un estilo infrecuente en la crítica, a trueque del cual se disculpan deslices como algunas repeticiones, vacilaciones tipográficas o nombres escritos de dos maneras, mínimos disturbios editoriales en casi cuatro centenares de páginas que, lamentablemente,

no se acompañan de material gráfico que certifique la “arqueología de la imagen” (p. 20) que le asigna la presentación de Hidalgo Nácher. Los guiños que apuntan a un lector versado en tradición occidental abarcan desde la introductoria “Aguja de navegar bultos” que juguetea con la quevediana “Aguja de navegar cultos”, pasando por el incompleto pronunciamiento “la letra mata el espíritu” (p. 105) que pervierte el sentido de la frase paulina en la Segunda Carta a los Corintios (“La letra mata, el espíritu vivifica”), hasta el provocativo “Lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc” con que Bergamín desbarata el horror de la conquista. Esta última consigna deviene *leitmotiv* en una novela mexicana cuyo mismo título acude a la cita prestigiosa: *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes, que replica la observación de Alexander von Humboldt al llegar a la meseta de Anáhuac.

México fue lugar de arribo de muchos exiliados españoles y destino privilegiado por la política de acogida que implementó el presidente Lázaro Cárdenas frente al desastre peninsular. Tras abordar esa estación bergaminiana desde la periodización lineal, Domínguez Gutiérrez se entrega a recomponer los hasta ahora secretos años uruguayos de su destierro. A fuer de latinoamericanista que se empeña en diseñar redes y vínculos, prefiero detenerme en el orden mexicano para ubicar *El exilio de José Bergamín en América Latina* en la circunstancia en que apareció: a la par de *La figura del mundo* (2023) en que Juan Villoro restituye el perfil de su padre, el filósofo Luis Villoro. El contraste entre el catalán que reprocha a su descendencia la voluntad de obtener el pasaporte español porque “nos ha costado mucho ser mexicanos” con el temor de Bergamín de que “sus hijos se acostumbra- sen a vivir en América y no quisieran volver a España cuando fuera posible” (p. 338) es un avatar de la recuperación vernácula de figuras hispanas a las que una circunstancia peculiar convirtió —en forma provisoria o definitiva, como se ve— en latinoamericanos honorarios, menos por decisión propia que por las alternativas de la lectura que les deparamos.